

blando de las pasiones : tened cuidado con esto.

EUG. — La doctrina que hoy me habeis dado se conforma tanto con la razon, que me parece imposible olvidarme de ella.

§ V.

Del error que nos puede venir de la autoridad de los testigos.

TEOD. — Demos un paso mas, y sea hácia materia mas frecuente y no menos importante.

SILV. — La que acabamos de tratar bien importante es y bastante frecuente.

TEOD. — Todavía nos vemos mas veces en la precision de dar crédito á los testigos, ya sea para los hechos históricos, ya para los casos de derecho, ya para mil ocurrencias familiares que suceden á cada paso; pues nada es mas frecuente que fiarnos para cualquier juicio y determinacion de lo que dicen los que son testigos ó de vista ó de oídas.

SILV. — Ahí todo el crédito depende de la verdad de los testigos. Si son veraces, por pocos que sean, hacen grande autoridad: si no lo son, ni muchos hacen autoridad alguna.

TEOD. — Todo el punto está en que los testigos ni estén engañados ellos, ni quieran engañarnos á nosotros: por eso es preciso atender á muchas circunstancias que los críticos advierten. Iré apuntando las que me ocurrieren. Debemos, pues, atender á cuatro cosas: al número de los testigos, á su cua-

lidad, á la materia en que testifican, y al modo de la deposicion.

SILV. — Ahora he de oiros con mas gusto, pues quizá vuestra crítica me servirá para cierta demanda que me da bastante que hacer: en ella me oprime un gran número de testigos falsos, y podré dar alguna luz mas á mi abogado para contradecirles ó ponerles escepciones.

TEOD. — No os burleis, que puede ser que os sea util la conversacion. Primeramente en lo que toca al número de los testigos guardad esta regla: *todas las veces que los testigos, aunque sean muchos, tuvieron el origen de uno, no se deben reputar por muchos, mas por uno solo* (proposicion treinta y una). Hizose, por ejemplo, una muerte en determinado sitio: hubo un hombre que dijo y publicó que Fernando habia sido el matador: esparcióse esto por toda la ciudad, y vienen á deponer en juicio veinte ó treinta testigos todos solo de oídas, y dicen que era fama haber sido Fernando el matador. Esto supuesto, conviene examinar si la fama nació solo de aquel hombre que lo dijo; porque en tal caso todos los treinta testigos no valen mas que por uno, siendo indubitable que si este fuese malévoló ó estuviese engañado, seria falso el testimonio de todos los demas que se fundaban en él. Yo hallo una costumbre perversa entre muchos que se precian de buenos cristianos: cuando necesitan testigos para cualquier deposicion hacen que alguno cuente el caso delante de otros varios, y despues llaman los amigos á juicio para que depongan unánimemente que oyeron aquel dicho. Ellos juran verdad;

pero debe averiguarse de quien lo oyeron, y en sabiéndose que todo nació de un solo hombre se deben reputar por un solo testigo, y no se les debe dar mayor autoridad que á una persona sola que lo testifique.

EUG. — Eso es una cosa sumamente conforme á la razon.

TEOD. — Todo el motivo, Eugenio, por que el número de los testigos aumenta su autoridad y merece mas fe, consiste en que no es tan facil que mientan siete, v. g., como que mienta uno solo, ni tampoco es tan facil que se engañen siete como que se engañe solamente uno. Pero comunicándose la noticia de un hombre á siete, si el primero estuviere engañado ó quisiere mentir, todos los demas se engañarán tambien, y no dirán verdad aunque sean personas de gran probidad.

SILV. — Esa circunstancia en conciencia siempre debe examinarse.

TEOD. — En consecuencia de esta doctrina muchos hechos que corrian entre los hombres por cosa indubitable, ya en la opinion de muchos críticos merecen ponerse en duda. ¿Qué cosa mas constante entre los doctos que la famosísima guerra de Troya, y con todo no falta quien dude¹ si hubo ó no tal guerra en el mundo, porque todos los infinitos oradores, poetas, historiadores y filósofos, así griegos como latinos que hablan de ella, vienen

¹ Véase el Genuense en la lógica donde cita de los modernos á Cristiano Adam, Gerardo Groesio, Struvio y Juan Bautista Vico, además de Dion Crisóstomo y Metrodoro, que entre los antiguos pusieron este punto en gran duda.

últimamente á fundarse en la autoridad de Homero ó de cierto Siargo, poeta mas antiguo; y este por ser uno solo y poeta no merece tan firme crédito que baste á dar un hecho por cosa indubitable. Yo no digo que no la hubo; mas solamente apunto este ejemplo, para que veais como puede una cosa falsa llegar á ser testificada por casi todos los autores, cuando todos ellos se fundan en uno solo.

SILV. — En el derecho hay un proloquio, que el dicho de uno es dicho de ninguno¹; esto es, que no merece fe.

TEOD. — Con todo, muchas veces es tal el testigo (aun siendo único), que por sí solo hace grande autoridad, y esta es la segunda circunstancia á que se debe atender, y viene á ser la cualidad del testigo. Por quanto *si el testigo es de vista, hace mucha mayor autoridad que si es de oídas, como tambien si es testigo de mayor excepcion, ó por su probidad y letras, ó por su dignidad* (proposicion treinta y dos). La razon es, porque el testigo que es de vista no es tan facil que se engañe como siendo de oídas. Tampoco es de presumir que mienta un hombre de bien ó de probada santidad. Ahí teneis el martirio de san Juan evangelista cuando le metieron en la tinaja de aceite hirviendo, el cual solo consta por un testigo, que es Tertuliano; y sin embargo ninguno prudentemente puede dudar de él.

SILV. — Pero á veces quanto mas buenos son

¹ *Dictum unius dictum nullius.*

los hombres, tanto mas fácilmente se les engaña.

TEOD. — Cuando yo doy preferencia á los buenos, es en lo que ellos atestiguan de propia ciencia, diciendo que lo vieron ó que lo saben de cierto, ó que lo oyeron á tal ó tal persona fidedigna; de suerte que no demos mas valor á su deposicion, que á lo que ellos testifican sobre su palabra, porque en eso no es facil que haya engaño. Pero cuando ellos estriban en la autoridad de otros, entonces ya puede haber engaño por mas virtuosos que sean, porque su probidad no los exime del engaño ageno.

EUG. — Tambien conduce mucho el que un hombre sea docto, porque este sabe lo que dice.

TEOD. — Conforme fuere la materia: si es materia que pida instruccion especial, debe atenderse principalmente á la ciencia: si fuere materia que no pida especial noticia y estudio, se ha de atender á la virtud. Pongamos ejemplo: murió un siervo de Dios, y despues de muerto quedó flexible ó de rodillas, ó hubo esta ó aquella circunstancia extraordinaria: deponen de todas ellas varios testigos: digo ahora que en cuanto á si la postura, la efusion de sangre, el calor, la incorrupcion, etc., es natural, debe preferirse un testigo docto en física y medicina aunque sea un herege; pero en lo que toca al simple hecho que todos presenciaron debe ser antepuesto el testigo mas grave, verídico y prudente, el cual merece mas crédito, porque se supone que mira mejor lo que dice. Por tanto; Eugenio, guardad esta regla perteneciente á la materia de la

cuestion: *debemos atender á la materia, á la cualidad y circunstancias del hecho para poder por ellas calcular ó valuar el número y cualidad de los testigos* (proposicion treinta y tres); y esta es la tercera circunstancia que yo habia dicho que debemos observar; conviene á saber á que pertenece la materia.

EUG. — No se me olvidará.

TEOD. — La cuarta circunstancia es el modo con que se da la declaracion; á veces el modo de declarar desde luego da á conocer ó la verdad ó la falsedad del ánimo. El santo Daniel, inspirado de Dios, de este modo conoció la falsedad de los dos testigos, por cuya deposicion iba la inocente Susana á ser apedreada: llamó á cada uno separadamente, y examinándolos sobre el lugar del delito que decian haber visto, halló que no concordaban, y por este medio quedó manifiesta su falsedad¹. Otras veces por la turbacion de los testigos ó encajecimiento de sus palabras se conoce su pasion, y por la pasion se viene á conocer lo poco que vale su autoridad; pues conforme á lo que queda dicho, donde hay pasion hay engaño, regularmente hablando, ó en todo, ó á lo menos en parte. Observad, pues, esta cuarta regla que dan los críticos: *no se debe atender solamente á las palabras, sino tambien al modo y á todas las circunstancias con que el hecho se refiere* (proposicion treinta y cuatro).

EUG. — Todas esas reglas conservaré en la me-

¹ Daniel, XIII.

moria con facilidad, porque se ajustan mucho con la razon.

SILV. — Los ministros que hacen pesquisa de los delitos tienen en estos dictámenes buenas reglas para sentenciar con acierto.

§ VI.

Del error que nos puede venir de la autoridad de los historiadores.

TEOD. — Los dictámenes que quedan espuestos tienen una aplicacion amplísima, y siempre muy util, porque siempre importa mucho conocer la verdad. Pero la materia á que con mas general interes se deben aplicar es á la historia: aquí os digo yo que es precisa indispensablemente toda la crítica, porque estan llenos los libros de infinitas mentiras, y á veces tan vulgarizadas y tan apadrinadas, que solo por milagro dejará el entendimiento de abrazar muchos errores, si no usare de una prudente, pero al mismo tiempo rigurosa crítica. Los historiadores, Eugenio, son como unos testigos que deponen aquel hecho, ó por ciencia propia ó refiriéndose á otros; y de ellos se debe entender todo lo que yo dije en general de los testigos; pero ahora juntaré las mejores reflexiones que he hallado en los que tratan de esta materia, pertenecientes á los libros de historia, para que se pueda distinguir la verdad de la mentira.

EUG. — Si hablais de fábulas y novelas no os can-

seis, porque de cierto tiempo á esta parte me enfadan indeciblemente esos libros infames; y juzgo tan perdido el tiempo que se emplea en esa lectura, como el que se gasta en hablar con locos.

TEOD. — No hablo de esos, hablo de los historiadores serios, que tambien en estos hay muchas mentiras: unas que nacen de su entendimiento, dejándose ellos persuadir del error: otras que nacen de su voluntad engañándonos maliciosamente. En orden al crédito que debemos dar á los autores nos mandan los criticos observar varias circunstancias, y dan varias leyes. Yo las iré esplicando; tomadlas bien de memoria. Primera: *á los poetas se les debe muy poco crédito; alguno mas á los oradores, y aun mas á los simples historiadores* (proposicion treinta y cinco). La razon es, porque en los poetas la ficcion propia de la poesía siempre mezcla la verdad con la mentira; y por eso si el hecho no nos consta por otra parte queda muy dudoso, á lo menos en las circunstancias; pues no sabemos si esta ó aquella circunstancia fue cosa verdadera, ó es mera ficcion para adorno del poema. Esto, como dije poco antes, debilita bastante el testimonio de Homero, celeberrimo poeta griego, sobre la guerra de Troya; y no falta quien diga que todo es pura ficcion, así como la guerra de las ranas, que se atribuye al mismo Homero¹. ¿Cuántas mentiras no mezcla con la verdad nuestro Camoens en su poema épico sobre la expedicion de Gama á las Indias? Ningun hombre prudente puede tener por cierta cualquiera de las

¹ Genuense, en su lógica, l. IV, cap. II, § 12.

circunstancias que él allí refiere, pues sabemos que como poeta habia de fingir mucho.

EUG. — Por lo menos las apariciones de Venus, los concilios de los dioses, etc., son mentiras bien á las claras.

TEOD. — Y tambien por cierto muy vituperables, especialmente cuando mezcla esas fábulas con las verdades reveladas de nuestra religion, por lo cual le censuran severamente los hombres mas doctos. Mas eso no es de ahora. Falta dar la razon por qué los oradores merecen mas fe que los poetas; pero nunca un crédito ilimitado y total, mayormente los panegiristas. Los oradores si se dejan llevar mucho de su fantasía y entusiasmo, como tienen su parentesco con los poetas, tambien finjen y pintan, y tambien se les debe hacer alguna rebaja en lo que cuentan, porque acostumbran exagerar las cosas que hacen á su intento; especialmente en los panegiricos de hombres vivos, y que estan presentes, debe haber grande cautela; porque ahí es indispensable la lisonja, que no es otra cosa que mentira, si le hemos de dar su propio nombre. ¿Quién ha de creer prudentemente que es verdad todo cuanto dice Plinio en el pasmoso y preciosísimo elogio de Trajano? ¿Quién no se persuadirá á que Ciceron realzaba con su floridísima elocuencia lo que decia de Pompeyo? Toda pasion miente, ó por lo menos se inclina mucho hácia la mentira, y la lisonja é igualmente el odio son pasiones poderosas. No era ciertamente Verres tan malo como Ciceron le pinta, ni Demóstenes tal como le figura Esquines, su enemigo, cuando intentó privarle de la corona de oro

que el senado le pretendia dar, ni finalmente el mismo Esquines era tan malo como le hizo Demóstenes, defendiéndose estemporáneamente de lo que le acusaba Esquines. Pero con todo eso siempre merecen los oradores mucho mas crédito que los poetas, porque no tienen tanta libertad para finjir; y la ficcion que se les permite tiene límites muy estrechos. Donde se ve que con razon se escandalizan los hombres de juicio, viendo mentir en los panegiricos á muchos oradores sagrados, que son ministros de la verdad y oráculos del Espiritu Santo, los cuales no tienen disculpa alguna para la lisonja de sus héroes, pues alaban á hombres muertos, cuyas almas ciertamente nada se pagan de las mentiras.

EUG. — Sin haber yo hecho sobre eso reflexion tan juiciosa como vos podeis hacer, solo por esa razon última me escandalizaba de oirlos; pero vamos adelante.

TEOD. — La segunda regla es, que *el historiador si no es hombre de juicio maduro y prudente, ni cita personas inteligentes en la materia del hecho, merece poca fe* (proposicion treinta y seis). La razon viene á ser, porque no teniendo capacidad proporcionada al encargo que toma, muy fácilmente se engaña él, y por consiguiente nos engaña tambien á nosotros: si es crédulo da por ciertas las cosas sin examinarlas, y se fia fácilmente de cualquier noticia que halle, ya sea tradicion del vulgo, ya testimonio de autores poco exactos. Por eso si el historiador está bien instruido en la materia del hecho, por ser ella propia de su profesion merece mucho mas crédito, porque se supone en él mas capacidad

para examinar las circunstancias de ese hecho. Este es el punto principal, examinar bien lo que se escribe, y esta es una de las circunstancias que hace muy estimable la crónica de los dominicos, compuesta por el grande Fr. Luis de Sousa, porque fue muy prudente y bastantemente exacto en los documentos en que se fundó para formar el cuerpo de aquella historia. Por el contrario, otros muchos historiadores eclesiásticos tienen sus obras llenas de mentiras, porque escribieron cuanto hallaron sin la menor averiguacion ni examen. Si no fuera materia odiosa os apuntaria algunos que traen mentiras intolerables. Este defecto es trascendente á todas las naciones, á todas las materias y á todas las edades. ¿Cuántas mentiras no se hallan en Aldrobando y en Atanasio Kircher? ¿Qué patrañas no refiere Aulo Gelio en sus *Noches áticas*, sin embargo de haberlas sacado de autores griegos antiquísimos? ¿Qué embustes no encontramos en innumerables itinerarios y viajes que se han publicado? Por eso, amigo Eugenio, cuando entráreis á leer alguna historia conviene primero, si puede ser, examinar el concepto que entre los literatos tiene su autor; y cuando no halleis noticia de ello, por ser muy moderno ó poco conocido, id haciendo reflexion en la misma historia, y lo vendreis á conocer.

SILV. — En los hechos mas importantes deben siempre los historiadores señalar los documentos en que se fundan, para que nuestro asenso no quede solamente sobre su palabra.

TEOD. — Algunos no estan por esa ley de la historia: dicen que deben examinar bien los docu-

mentos, mas no citarlos en el cuerpo de la historia, sino darla á los lectores limpia y corriente: vamos adelante. La tercera reglá es esta: *los autores contemporáneos y domésticos merecen mucho mas crédito que los estraños, ó muy distantes en el tiempo; y cuanto mas distantes fueren, tanto menos se merecen, escepto si alegan testigos contemporáneos ó próximos á aquellas edades y lugares* (proposicion treinta y siete). Esta regla debe tomarse estribando sobre las precedentes; esto es, suponiendo en uno y en otro autor capacidad y prudencia. Siendo así, debe preferirse el contemporáneo y doméstico, porque este equivale á testigo de vista. Fuera de que es mas facil que se introduzca la mentira con el trascurso del tiempo y la distancia de los lugares; porque pasando el hecho de boca en boca, ya se quitan, ya se añaden circunstancias que totalmente corrompen la verdad, y tambien se da lugar á que maliciosamente se invente y esparza por el vulgo ignorante y crédulo alguna mentira. Par esta razon los mejores críticos tienen en el dia declaradas por fabulosas innumerables historias, que en los siglos pasados corrian por ciertas; porque examinando los historiadores hallan que ni ellos vieron los hechos por ser antiquísimos, ni alegan testigos próximos á aquellas edades, que pudiesen ó de vista ó por memoria reciente haber adquirido la noticia de esos sucesos. Por este principio (esceptuando la sagrada Escritura) ninguna fe merecen las historias que tenemos de las cosas antes del diluvio, porque las tradiciones de los egipcios, de los cartagineses y de los rabinos, no teniendo, como no tienen, monu-

mentos próximos á aquellas edades que las apoyen, mas son fábulas de poetas que historias serias. Y hablando de los nuestros, ¿quién podrá contener la risa leyendo la vida de Adán, la de san Josef, las antigüedades de Evora, y otros libros que corren entre el vulgo? ¿Quién fue á reconocer los archivos de aquellos próximos tiempos tan remotos en que de nada se guardaba memoria para leer sus manuscritos, y sacar de ellos esas noticias? ¿Quién descubrió medallas de aquellos tiempos, ó pinturas é inscripciones en las piedras, que son los monumentos de la historia? Por eso fuera de lo que consta de la Escritura todo lo que se dice de Adán es materia de risa; lo mismo digo á proporcion de otros asuntos.

SILV. — Con todo eso viendo yo muchos de esos libros escritos por hombres doctos, y á veces con autoridades de santos padres, no me atrevo á dar sus noticias por falsas, especialmente si son libros antiguos.

TEOD. — Por muy antiguos que sean los libros, son modernísimos respecto de los sucesos que contienen; y así la nimia distancia de los tiempos da lugar á que se esparza alguna falsa tradicion entre los que vivian en el tiempo de los escritores. Además, la autoridad de los santos padres no basta cuando ellos fueron muchos siglos posteriores, y no alegan fundamento suficiente: bien podian ser muy santos, bien podian ser muy doctos y de admirable sabiduría en las letras sagradas, que era su propia profesion, y no tener bastante crítica. Fuera de que si la materia no era propia de su sagrado ministe-

rio, se fundaban en la voz del vulgo, ó en algun otro libro que hallaban, de cuya autoridad no se detenian á hacer examen, y sobre su fe decian lo que les hacia al caso. Un hombre que va escribiendo, y toca en alguna materia de que no es profesor, no tiene reparo en valerse de lo que halló en Plinio en su Historia natural, ó en Aristóteles en la Historia de los animales, ó en Mr. Colone en su Historia natural, ó en el padre Atanasio Kircher, ó en otros muchos. Ahora bien, ya sabemos que estos autores traen muchas patrañas; sin embargo estas no se deben imputar á quien inocentemente se vale de ellos, usando de esta ó de aquella noticia, que le sirve para su reflexion juiciosa. Nada, pues, debe perder de la estimacion que le es debida un autor, aunque sea un santo padre, que se vale de la tradicion popular ó noticia fabulosa que tenia por verdadera, usando de ella para ilustrar lo que va escribiendo. Por tanto, su virtud ni su literatura por sí solas no pueden dar valor á los hechos ó demasiado distantes ó muy antiguos. Yo hallaba donaire en el dicho de cierto caballero portugues que habia estado por embajador en la Persia. Este, cuando alguno le contaba una noticia que á él le parecia fabulosa, se despicaba de este modo: *mire vd. que le contaré noticias de Persia*, como amenazándole con que le daria noticias de paises tan remotos que el otro no pudiese conocer su falsedad.

EUG. — No hay cosa mas facil que mentir en lo que sucedió muchos años há, ó se refiere á regiones muy remotas, y quizá desconocidas.

TEOD. — Ahí teneis la razon por qué es temeridad

dar crédito á tales noticias, cuando no se alegan testigos próximos á aquellos tiempos y lugares. Por eso los buenos historiadores de la antigüedad solo se fundan en las medallas antiquísimas, tal vez ya medio consumidas del tiempo, ó tambien en pinturas de aquellas edades, en inscripciones de lápidas sepulcrales, ó en las de las pirámides antiguas; y de aquí nace la estimacion que los literatos hacen de estas piezas que el vulgo desprecia por verlas feas, viejas y carcomidas de los años. Mas en esto mismo se conoce á veces su gran valor por la antigüedad que suponen, y por ella son de grande autoridad para testificar hechos muy antiguos, que de otro modo quedarian desconocidos ó inciertos. Vamos á las otras reglas que faltan. *El escritor que tiene la costumbre de mentir no merece crédito: el que fuere apasionado á favor de lo que refiere, ó pusiere demasiado esmero en adornar su estilo, merece que se le haga alguna rebaja en lo que refiere* (proposicion treinta y ocho). En fuerza de esta regla ningun crédito se debe dar á Mahoma cuando cuenta sus milagros, ni á otros autores que aquí no nombro para no granjear enemigos.

EUG. — ¿Y de donde nos puede constar á nosotros que este ó aquel autor es mentiroso?

TEOD. — Puede constar de su vida notoriamente perversa, como á veces sucede, y tambien de los mismos hechos que refiere, por ser inverisímiles, ó traer circunstanCIAS repugnantes.

EUG. — De los autores mentirosos ya sé que debo hacer poco caso; pero tambien encargais que se use de cautela con los apasionados.

TEOD. — Sí, porque los autores apasionados en aquellos puntos que lisonjean su pasion no merecen que les demos crédito enteramente, á causa de que la pasion ciega y la ceguera hace errar. ¿Quién ha de creer á los castellanos cuando hablan contra los portugueses? ¹; Quién á los ingleses, hablando contra los franceses, ni á estos cuando hablaren contra aquellos? ¿Qué fe merecen los hereges en lo que dicen contra los católicos romanos? ¿Quién dará crédito á lo que los autores de una escuela escriben por vilipendio de los de la contraria? Tengo mucha esperiencia de lo que voy á decir. Casi todos aumentan poco ó mucho. Ya en los tiempos antiguos los romanos se burlaban de los griegos por la mucha soberbia y pasion con que se anteponian á las demas naciones del mundo, y por esta razon no daban crédito á lo que decian en alabanza suya y menosprecio de los otros.

SILV. — A ese propósito os contaré un caso gracioso que sucedió el domingo pasado, que fui á comer con nuestro amigo el comendador. Tomó él casualmente un libro de historia, y dió con una noticia, que nos provocó á risa á todos los presentes. Decia el autor (y era de vuestros franceses) que el cardenal de Richelieu para debilitar las fuerzas de España habia dado el reino de Portugal al duque de Braganza, que despues se llamó D. Juan IV. Cuan-

¹ No es extraño que se explique así el autor siendo portugues; pero no deja de serlo el que precisamente lo haga cuando está tratando del poco crédito que merecen los que escriben con pasion. Pudiera muy bien haber omitido este primer ejemplo.

do esto oimos no pudimos contener la risa; y nos admiramos de que sabiendo hasta los niños de la calle la historia de nuestra restauracion, este autor la ignorase; y con todo eso no era castellano, ni escribia contra los ingleses, para que podamos decir que la pasion le cegó.

TEOD. — Ya sé qué autor es ese: es el abate Langget du Fresnoy, el mayor hombre en la historia que conocemos, por lo menos el que mas que todos se esmeró en dar método para saberla. Pero cegóse su pasion: no digo pasion de ira, sino pasion de amor escesivo de la gloria de su nacion, y quiso dar á su Richelieu la gloria (que no seria pequeña) de poder dar un reino á quien quisiese. Amigo Silvio, mis franceses, como vos los llamais, tambien son hombres como los otros, y estan sujetos á los mismos achaques: tienen sus pasiones, y tambien encarecen mucho sus cosas.

SILV. — ¡Gracias á Dios que os he oido hablar sin pasion! Ahora os doy crédito.

TEOD. — Pero el amor de la verdad me obliga á decir que de ordinario no exageran tanto como los españoles¹.

EUG. — ¿Y qué es lo que teneis contra los que escriben historias en estilo nimiamente aliñado, que me parece que tambien hablásteis de ellos en la regla que me habeis dado para que me precava?

TEOD. — Digo que el escesivo cuidado que el historiador pone en adornar el estilo de su historia le

¹ Eso tiene mucha gracia; que un portugues en punto de encarecer sus cosas tache de exageradores y ponderativos á los españoles.

hace de algun modo sospechoso, no en la sustancia sino en las circunstancias de los hechos. ¿Habeis estado alguna vez, Eugenio, en Santo Domingo de Biemfica?

EUG. — Sí, he estado, y muchas veces, porque tengo allí un amigo íntimo.

TEOD. — Pues mañana por la mañana os mostraré en el grande Fr. Luis de Sousa la descripcion de ese convento, y vereis una cosa hermosísima que va encantando al paso que se va leyendo. El que se dejare llevar de esa descripcion formará una admirable idea de su fábrica, como á mi me sucedió antes de haberlo visto: en fin, tan grande fue el deseo que concebí de ver aquel edificio, cuanto mi desconsuelo despues que lo ví. El autor es cierto que no falta en cosa alguna á la verdad; pero de tal suerte la adorna y afeita, que verdaderamente engaña, haciendo formar á todos idea muy diversa de la realidad. Una fuente que tiene un sátiro está descrita de tal modo, que el pensamiento concibe idea de una cosa extraordinariamente bella, y de esta descripcion nace un gran deseo de ir á verla; pero no encuentra mas que una figurilla de barro con hechura de sátiro, metida en un ridículo nicho de piedra bastante tosca y no muy aseada. Cuando la leyéreis habeis de echar á reir, recreándoos no obstante en ver la fuerza de la elegancia de aquel escelente historiador, que así sabe adornar y engrandecer sin mentir. Lo mismo digo de nuestro Jacinto Freire en la vida de D. Juan de Castro; y lo mismo se puede decir de todos los panegíricos buenos, en los cuales quien quisiere acertar de lleno con el blanco de la

verdad debe bajar un poco la puntería, porque la pólvora sube mucho, especialmente en los grandes ingenios.

EUG. — Ahora ya veo la razón por qué los historiadores que adornan mucho su estilo merecen algo menos fe en lo que toca á las circunstancias del hecho.

TEOD. — Por conclusion de esta materia os habia de dar algunas otras reglas, que comunmente se hallan en los que tratan de este arte de la crítica; mas no quiero que su multiplicidad os cause confusion, y en una sola resumiré lo que hallo en diversas: *Para dar crédito á cualquier historia debemos por una parte pesar la cualidad del hecho y su dificultad, y por otra el número y cualidad de los testigos, atendiendo á su prudencia, al tiempo y distancia del lugar en que escribieron, al modo de referir y pasion del ánimo que muestran, y á la conformidad de todas las circunstancias y testigos entre sí; y hácia donde pesare la balanza indiferente, hácia allí debe inclinarse nuestro juicio* (proposicion treinta y nueve).

EUG. — En esa regla incluí todas las cuatro que me habeis dado acerca de los testigos, y las cuatro que me dais tocante á los historiadores. Queda en mi memoria, y me serviré de ella.

TEOD. — En el dia los modernos usan bastante de la crítica; y, haciendo justicia á los historiadores mas antiguos, nos escusan bastante trabajo, mostrándonos claramente ya la prudente diligencia de los mismos en examinar los hechos de la historia, ya la ligereza con que afirman las cosas,

sín mas fundamento que el confuso rumor del vulgo¹.

§ VII.

Del error que nace de la corrupcion ó mala inteligencia de los libros.

SILV. — Con efecto, en estos tiempos bien en su punto está la crítica, y no sé si diga que demasiado refinada.

TEOD. — El exceso en esta materia nunca puede ser muy perjudicial, la falta sí. Pero todavía, amigo Eugenio, tenemos que precaver otro peligro y origen de grandes errores, el cual viene á ser la corrupcion de los libros y su mala inteligencia. ¿Qué importa que un historiador tenga todas las buenas calidades que puedan hacerle digno de fe, si su libro está corrompido, ó yo no entiendo bien lo que él dice?

SILV. — En eso teneis mucha razón, porque es bastante comun leer muchos el mismo testo del historiador ó cualquier otro libro, y quedar con muy diversas opiniones, dándole cada uno diversa inteligencia.

TEOD. — Lo primero, por lo que mira á la corrupcion, puede esta tener muchos principios, de lo cual trata escelentemente el *Arte crítica* de Juan Le-Cler²,

¹ Véase la nota IV al fin del tomo.

² *Arte crítica*, part. III, sec. 1. P. Lamy, de la congregacion del oratorio de Francia, en su *Aparato de la Biblia*, l. II, y en Dupin.